

procónsul. No habia pasado una hora desde que supe se trataba de arrendar los trozos, y ya Hispa habia ido con el aviso á Estrabon. El contrato debia celebrarse en Cartago; él acudió á su antiguo comandante, que interpuso su influencia y todo quedó arreglado.

Me atrevo á asegurar que no hay una pequeña heredad tan linda en toda el Africa, y espero obtener la renovacion del arriendo, aunque Vario hace cuanto puede por impedirlo. ¡Ah! querido Agelio, ¡si se llegase á sospechar que no eres un verdadero romano! Bien, bien... Tranquilízame en el particular, antes de que deje este sitio. Desde que estuve aquí la última vez, has hecho muchas mejoras. Este emparrado es delicioso; no le falta mas que una estatua de Apolo ó de Diana. ¡Ah! detente un momento. ¡Por qué andas tan aprisa? Yo te regalaré estatua que te agrada, de seguro. ¿No la aceptas? Te pido mil perdones. ¡Ah, ah! No te la he ofrecido con ninguna intencion. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué mundo extravagante es este! Ah, ah, ah, ah, ah! Pero te alejo de tus trabajados. ¡Ah, ah, ah!

Y habiéndose compuesto de este mo-

do (así lo suponía) con Agelio, Jucundo se dirigió á su casa, despues de repetir á su sobrino que todo quedaria arreglado en breve tiempo, y que podria hablar á Ariston antes de las próximas Calendas.

CAPITULO X.

El dia fijado por Agelio para pagar su prometida visita á Ariston, habia llegado. No debe negarse que, en el intervalo, las dificultades del asunto que ocasionaba aquel paso, habian crecido en razon de sus temores. Calista no era aún cristiana, y nada hacia presentir que una proposicion de matrimonio la induciria á cambiar de creencia, siendo su conversion en tal caso bastante equívoca. Sin embargo, el jóven no queria detenerse á pensar en dificultades que estaba decidido á no ver nunca. No: jamas se casaria con una pagana; pero no lo seria Calista; aunque no la habia visto progresar en el camino de la fé, creia firmemente que llegaria á ser cristiana. Lo cual no impedia que si Agelio logra-

ba de un modo ó de otro acallar su razon, no lograrse igualmente acallar su conciencia. Cada mañana se encontraba menos satisfecho de sí mismo, y mas dispuesto á arrepentirse de haber consentido que su tio entrase en materia con Ariston. Pero ya no tenia remedio, y le era indispensable, ó retroceder torpemente, ó seguir adelante. Su medio termino, como lo habia considerado á la ligera, se reducía á abrazar el dictámen de su tio y confiarse á él en todo, á menos que no surgiese alguna dificultad en la otra parte. Sin embargo, ¿podía él desear sinceramente que el paso no se hubiese dado? ¿No era claro que si estaba dispuesto á prescindir de Calista, no debía volver á su casa? ¿Consentiría Agelio en tornar á su triste soledad, y perder aquel desahogo de pensamientos y alivio de espíritu que habia encontrado últimamente en la compañía de los dos griegos, sus amigos?

Es fácil imaginar que su alma no estaba muy tranquila, cuando se puso en marcha aquella mañana para ir á casa de Ariston; y con todo no queria declararse culpado. Recurría con tenacidad á la grata idea de que Calista se con-

vertiria indudablemente al cristianismo, si bien le era imposible decir en qué se fundaba. Conocia bastante su religion para creerla pagana siendo tan buena; y así, debe suponerse que veía, en las esperanzas que habia concebido, huellas de algun influjo sobrenatural que obraba sobre el espíritu de la jóven. Tenia una idea difícil de justificar con argumentos, á saber: que todo en Calista prometia mayor elevacion de la que aparentaba. Sentia una estraña simpatía hacia ella; simpatía que, á no engañarse por completo, no se fundaba en nada meramente natural ó humano; y tanto mas notable, cuanto que sus creencias religiosas eran contrarias.

Sin embargo, cuando Agelio subió las gradas de mármol de la grande escalera que conducia al interior de aquella hermosa ciudad, mientras que el sol matinal las inundaba de luz, y mientras contemplaba la línea exterior de suntuosos edificios, que coronaban y circuián la colina, ¿no sabia perfectamente bien que la iniquidad estaba escrita sobre sus murallas, como aviso solemne á un corazon cristiano, para que huyese de aquel recinto y no formase alianza con

ninguno de sus habitantes? La esperiencia ¿no le habia enseñado que, si llegaba á entrar en él, no podria mirar á parte alguna sin peligro, debiendo vigilar cuidadosamente sus sentidos y ponerse en guardia contra la multitud de objetos, que serian para él motivos de espanto y de horror, ó bien una tentacion? Introduzcámonos con la imaginacion en Sicca, y comprenderemos el dolor del apóstol, á la vista de una noble y hermosa ciudad, entregada á la idolatría. Introduzcámonos allí, y comprenderemos por qué el pobre sacerdote, de quien habia hablado Jucundo, bajaba la cabeza con tanta amargura, y recorria con ojos tímidos y anublada frente las alegres calles de Cartago. Hasta aquí no hemos visto pasearse en Sicca mas que paganos, niños ú hombres, Jucundo, Arnobio y Firmio; pero ahora entra en ella un cristiano, con el corazon y las esperanzas de tal.

Es una dicha para nosotros, querido lector, que en esta época no experimentemos, ni siquiera podamos imaginar, el mal que pesaba, como emponzoñada atmósfera, sobre las ciudades de la Roma pagana. Un apóstol llama la lengua “un

fuego, un mundo de iniquidad, indomable, un mal inquieto, un veneno mortal;” y de seguro lo que dice se aplica lo mismo á los horribles pensamientos representados para herir el órgano de la vista, que á aquellos que solo hieren el del oido. ¡Desgraciado Agelio! ¿qué te atrae á la ciudad esta mañana? Algun deber urgente é imperioso, sin duda: de otro modo no cruzarias sus calles, ni darias la vuelta á sus pórticos, en medio de objetos que ya repugnan, ya halagan; objetos horribles, que se encuentran, no esparcidos acá y allá, sino en los palacios mas magestuosos y en las cabañas mas humildes, en los establecimientos públicos y en las habitaciones de particulares, en los puntos centrales y en los ángulos de las calles, en bazares, tiendas y puertas de casas, en las obras mas groseras y en las mas artísticamente acabadas, en letras, en emblemas, en pinturas; objetos que son la insignia y la pompa de Satanás y de Belial; de un reino de corrupcion y de un exceso de idolatría que no te es posible soportar ni evitar. Donde quiera que te dirijas, hallarás lo mismo: en el tribunal de policía á la derecha; en el cuartel militar á

la izquierda; en la multitud que rodea el templo, en la procesion con sus víctimas y sus adoradores, que se adelantan al son de la música, en el lenguaje ruidoso de la plaza del mercado, por todas partes se te acercan, te acosan, públicamente y sin pudor, ora bajo pretesto de religion, ora como homenaje á la naturaleza; todas esas cosas que en tu calidad de cristiano abjuras y abominas.

Ni creas que es un accidente de una estacion ó de un dia determinado; es la tradicion continua de muchos siglos. Es la verdadera ortodoxia de las generaciones que se han sucedido allí. Hubo en tiempos remotos á orillas del mar del Este, una region que, segun se cuenta, se vió obligada á espulsar la mayor parte de sus habitantes, á causa de las iniquidades que cometian. En tal estado se embarcaron y pasaron á la costa del Sur, desde donde, avanzando poco á poco, se estendieron hácia lo interior y poblaron las llanuras cubiertas de bosques y los fértiles valles del Africa. Sicca es una de las ciudades que edificaron, y que debió, pues, su origen al pecado; pecado que, en la época de

nuestra historia, se estaba estendiendo á sus anchas al sol, como una serpiente brillante ó un leopardo de las cercanías, sin que ningun poder divino ni humano interviniese para corregir tan horrible degradacion. En medio de tales escenas tenian que vivir nuestros antepasados en la fé; y al través de semejante corrupcion, aunque ajeno á ella, pasa Agelio, alejándose sin necesidad de la habitacion campestre donde tan feliz era.

Ya ha llegado á la casa, ó mas bien al área, término de su paseo. Está á la espalda de la ciudad, en el punto mas escarpado de la roca, y domina la llanura y las montañas situadas hácia el Norte. Sus habitantes, Ariston y Calista, se hallan ocupados en su ordinaria tarea que consiste en vaciar en el molde, esculpir, pintar ó dorar los varios artículos que han de servir para el adorno de los templos ó de los altares privados del culto reinante. Ariston ha recibido de Jucundo las proposiciones que Agelio le ha encargado haga, encontrando como preveia, que no merecen la aprobacion de su hermano. Calista comprende á fondo lo que pasa,

pero evita hablar mucho del asunto hasta que se presente Agelio. Mientras trabajan, Ariston le dice:

—Agelio debe presentarse aquí esta mañana. ¿Qué vendrá á buscar, Calista?

—Si tus noticias son ciertas, si los cristianos van á ser perseguidos, quiere sin duda comprar como salvaguardia, alguna de estas pequeñas imágenes de dioses.

—Eres bastante perspicaz, querida hermana, respondió Ariston, para conocer perfectamente cuál es la diosa que él desea adquirir.

Calista se sonrió con negligencia, y no contestó.

—Vamos, niña, prosiguió Ariston, no le juzgues tan duramente. Téjele una guirnalda mientras llega. Es un jóven honrado, modesto, y que necesita estímulo.

—A mi entender no lo necesita, dijo Calista.

—Te aseguro, replicó su hermano, que sus cualidades no le hacen acreedor á que se le desprecie como amante, y sería un mérito para con los dioses libertarle de su superstición.

—No es muy cristiano, observó la jóven, si está enamorado de mí.

—¿Quién le ha traído tan á menudo aquí, tú ó yo, Calista?

—Estoy cansada de todo eso, respondió; y continuó su pintura. Varias veces pareció como si quisiese hablar; pero no lo hizo. Por último, sin interrumpir su labor, dijo con tono tranquilo:—Hubo un tiempo en que mi imaginacion y mis sentimientos gozaban en tener amantes. Sin ellos, ¿cómo hubiéramos podido venir á Sicca? Pero todo cansa.

—¿Todo cansa! ¿Cuál va á ser el fin de ese mal humor? exclamó Ariston: el acceso ha durado ya bastante, y es preciso que salgas de él mientras puedes, ó corres riesgo de sucumbir. ¿Qué intencion es la tuya? ¿Todo cansa! Eres aún demasiado jóven para despedirte de la juventud. Deja los padecimientos del corazon á los que tienen el cuerpo enfermo. ¡Tan jóven y tan perversa! Debemos tomar las cosas como los dioses nos las dan, y cuenta que en vano las desearás cuando hayas envejecido; porque así como hay un dia en que se sube, hay otro en que se baja; y la ju-

ventud tiene su época como la vejez la suya. Disfruta de la vida mientras dependa de tí. Habia dicho esto sin cesar de trabajar; mas de repente se detuvo, y volviéndose hácia ella con el cincel en la mano, añadió:—Acuérdate de la vieja Lesbia, que acostumbraba á repetirme, temblándole la cabeza y los miembros, y se puso á remedar á la anciana: “Hijo mio, diviértete mientras eres jóven. A mí ya no me es dado divertirme, pues pasó mi época; pero he sabido aprovecharla. El tiempo no se detiene por nadie; mas, habiéndole yo utilizado, no tengo de qué reprenderme.” Aunque esclava, Lesbia es la imagen del verdadero filósofo: mas esplicita que Esopo; mas práctica que Epicteto.

Calista empezó á cantar con voz apenas perceptible.

A orillas vago del temido rio
Que los estados de Pluton circunda,
Y siento el frio de la noche y pienso
¡Ay! en placeres que no vuelven nunca.
Las yerbas cuento de la estéril playa,
Las olas cuento que incesantes cruzan,
Y escucho el remo de Caron sonando
Triste, á compás, en la infernal laguna.

—¡Ah! continuó, poco sentimiento, pero mucho temor. La juventud tiene mas por qué temer, que la vejez que deplorar. El porvenir pesa mas que lo pasado, y lo dulce de la vida no puede competir con lo amargo de la muerte. Es duro dejar la luz, la luz del cielo.

—¡Calistidion! dijo el hermano con impaciencia, eso no viene al caso. ¡Cuánto tiempo estarás así? Será preciso llevarte á Cartago, pues allí habrá mas que hacer y verás el cristalino mar, y oirás el ruido de sus olas. Por lo que respecta á mí, me haré retórico, y con tu cooperacion no me faltarán discípulos.

— ¡Oh! ¡hermosa, divina luz! prosiguió Calista. ¡Qué pérdida! ¡Pensar en que llegará un dia en que te pierda para siempre! En nuestra patria tenia la costumbre de permanecer despierta durante la noche, deseando que amaneciese é invocando en voz alta al dios del dia. Los primeros rayos de la aurora eran para mí como un vino delicioso, una copa de Chio. y experimentaba tal encanto al verte aparecer, que apenas podia soportar su brillo, y temia que me arrebatase como á Semele. ¡Con qué magestad coronaba las colinas! Luego descán-

saba un instante sobre la nevada cima del Olimpo, como en un luminoso templo, alegrando la llanura de Frigia. ¡Hermoso dios, de la resplandeciente cabellera! ¡Tú eres el objeto de mi adoración, suponiendo que Calista adore algo! Aunque en el momento presente no adoro nada. El tedio me domina.

—Sí, lo comprendo, dijo Ariston con suave tono, el cambio es sensible. Aquel aire diáfano y elástico, aquel cielo transparente, aquella brisa fresca y templada, aquel magestuoso mar, son irremplazables. ¡El Africa no es la Grecia!... Sí, Calista, comprendo el mal que te aqueja; es la nostalgia; te llama la patria.

—Quizá, respondió la jóven, no sé á punto fijo lo que deseo. Sí... ¡Aquí los rocíos son ponzoñosos; el calor sofocante; los animales horribles; los pantanos pestíferos! Además, esa vasta llanura, cubierta de bosques, y que se asemeja á un misterioso laberinto, me oprime é inquieta con su misma riqueza. No veo el camino que he de seguir al través del espeso arbolado; en medio de esas plantas elevadas y vigorosas, por esos profundos desfiladeros. Donde úni-

camente respiro con libertad, es en esta colina. ¡Oh! ¡qué distinta la Grecia, con el color claro, dulce, delicado, de sus montañas, y el puro azul ó la púrpura de sus aguas!

—Pero, querida Calista, observó su hermano, ten en cuenta que no estás en esos bosques sombríos, donde nadie te dice que penetres, sino en el punto mas alto de Sicca; y si necesitas montañas, paréceme que las que limitan nuestro horizonte presentan bastante aridez.

—La raza de hombres, continuó Calista, es peor que todo lo demas. ¿Dónde está el genio de nuestra hermosa patria? ¿Dónde su inteligencia, su alegría, su gracia y su noble porte? Aquí los co razones son tan negros como las cejas, y las sonrisas tan pérfidas como las viboras del bosque. Los indígenas son arteros y desalmados; no se les ve nunca buscar un dulce solaz; no conocen la alegría ni el placer; su amor es un horno y su encanto la venganza.

—No hay país comparable al propio, dijo Ariston; sin embargo, estás aquí, y el hábito se convertiría para tí en una segunda naturaleza, si no te fueses en mucho tiempo; tus sentimientos se acli-

matarian, y hallarias una nueva patria. Los hombres llegan á la larga á amar la oscuridad del Norte mas remoto. Los pintados bretones, los cimerios, los hiperbóreos, se conforman con no ver nunca el sol, que es tu dios, y que reina en esta comarca. ¿En qué se funda, pues, tu descontento?

—El sol de la Grecia es luz, respondió Calista, y el de la Africa fuego. Yo no adoro al fuego.

—Figúraseme que hasta la laguna Estigia y Flegetonte acaban por ser soportables, dijo Ariston, si es que su existencia es real, como nos lo aseguran los poetas.

—La fria y nebulosa Estigia, observó Calista, es el Norte, y el ardiente Flegetonte es el Sur. La Grecia, dulce, clara, brillante, son los Campos Eliseos. Y continuó sus improvisaciones:

¿Dó están de la ventura
Las islas, dónde? El ancho mar Egéo
Adornan con su mágica hermosura?

¿Dó el profundo reposo
Está de Eliséo?
En el valle frondoso
Que riega con sus aguas el Penéo;

Mientras las cimas de áridas montañas
Cortan el aire, y en sus puras tintas
Bañadas, de la tierra los verdores
Desprecian por mudables;
Y siempre defensores
Son de la libertad incontrastables.

—Abate ahora algo tu vuelo, si gustas, dijo Ariston interrumpiéndola. Deseo hablarsérialmente contigo sobre Agelio, pues es un jóven que me interesa, á pesar de su misantropía. Permíteme defender su causa. Que le amés ó no, es seguro que tiene el bolsillo bien provisto; y harás un servicio á tí misma, á los dioses de la Grecia, y á él, si le correspondes. A lo menos, mírale con agrado algun tiempo, y cuando te canses, nos iremos á Cartago. En sus miradas le queda poco de cristiano, y ese poco desaparecerá á un soplo tuyo.

Hay otras cosas peores que ser cristiano, observó Calista lentamente, si todo lo que he oído referir de ellos es cierto.

Ariston se levantó lleno de ira.—Por todos los dioses del Olimpo, exclamó, esto es intolerable. Si hay alguno que necesite un verdugo, le recomendaré á

una muger como tú. ¿Qué tienes hace algun tiempo, niña tonta? ¿Qué te he hecho yo para que estés tan de mal humor?

—Creo que si fuera cristiana, dijo Calista, la vida me seria mas soportable.

—¡Mas soportable! repitió Ariston. ¡Oh, dioses! ¡Mas soportable tener la laguna Estigia, el Tártaro, las Furias y sus serpientes en este mundo como en el otro! ¡Sufrir interior y exteriormente, oborrecerse á sí mismo y ser aborrecido por todos los hombres; vivir como un asno y morir como un perro! ¡Mas soportable!.... Pero escucha. Oigo los pasos de Agelio en la escalera. Calista, querida Calista, pórtate como quien eres; cede á la razon.

Pero Calista no daba oidos á la razon, si estaba personificada en su hermano; y continuó su canto de la manera siguiente:

El Africa es morada
Del Flegeton ardiente:
El alma en ella siente
Una opresion fatal.
De ese espantoso rio
Las lóbregas tinieblas,

Y las glaciales nieblas,
Y la orilla infernal,
Es Táuride, la isla
Cubierta de pantanos;
O Albion do los humanos
Ven sombras solo y mal.

Al llegar aquí se detuvo, bajó los ojos y emprendió de nuevo su tarea.

CAPITULO XI.

Es sin duda un solemne momento, bajo cualquier aspecto que se le considere, y que exige gran fuerza de alma, aquel en que un individuo se entrega deliberadamente á la custodia de otro por toda su vida; y esto, ó cosa parecida, reservando el derecho supremo del deber para con el Criador, es lo que acontece en el contrato matrimonial. En algunos casos particulares puede verificarse sin reflexion ni inquietud; pero considerado objetivamente, y en la mayor parte de los casos, es un acto tan tremendo, que la naturaleza como que retrocede ante sus consecuencias. Cuan-